



Un poco de nostalgia

Wilhelm Genazino
Traducción de Carmen Gauger
Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores
Barcelona, 2008
194 páginas. 18 euros

NARRATIVA. UN HOMBRE entra en un bar y descubre en el suelo entre las mesas una oreja; es la suya, y este descubrimiento turbador le hace abandonar apresuradamente el local. Dieter Rotmund, el oficinista gris de *Un poco de nostalgia*, intenta no llamar la atención sobre la pérdida de miembros que va sufriendo, igual que disimula las pérdidas afectivas a las que se enfrenta cuando su mujer se va con otro y él ya no puede ver a su hija. “La actualidad es una imagen vacía que hay que salvar con un signo”, comprende el empleado y padre modélico, y en la oreja perdida se cifra el mudo dolor de su fracaso matrimonial. La soledad en las grandes ciudades, la incomunicación y la consiguiente desintegración psíquica del individuo, en combinación con la más absoluta desdramatización de la vida del ciudadano hipercivilizado de la sociedad del bienestar, estos son los temas que el alemán Wilhelm Genazino desentraña de nuevo en esta hermosa novela, a través de las vivencias de un personaje que se emociona preferentemente con insignificancias: “Incluso un botón de camisa puede romperse, no lo sabía. Las dos mitades cuelgan amorosamente una junto a la otra y me causan una fuerte impresión”. Genazino (1943) ha desarrollado en una veintena de novelas una lucidísima hermenéutica de las cosas pequeñas. Forma parte de esta tradición alemana de escritores que con pulcro estilo cultivan una narrativa reflexiva, que se ocupan de los estados del alma y del mundo, que no precisan de tramas rocambolescas ni de medio millar de páginas para exponer ideas relevantes, y que deleitan con atención al detalle y sutil sentido del humor. La precisión verbal y el armónico ritmo pausado de la prosa de Genazino, que Carmen Gauger ha reproducido con fidelidad, corresponden a una maravillosa levedad narrativa que disimula un pensamiento dialéctico de enorme fuerza de penetración. Irresistible. **Cecilia Drey Müller**

La casa en París

Elizabeth Bowen
Traducción de Silvia Barbero
Pre-Textos. Valencia, 2008
332 páginas. 25 euros

NARRATIVA. CUENTA ELIZABETH Bowen que la mañana en París se presentaba grisenta

y gris cuando del tren descendió Henrietta, la niña procedente de Inglaterra que quería ver el Trocadero. Cuenta también que hay una casa donde un niño llamado Leopold no quiere salir pues espera a su desconocida madre, después de años de ausencia. Un asunto de niños, una anciana enferma y una hija de maneras huidizas cercada por recuerdos dolorosos y arropada por la resignación. Así va transcurriendo *La casa en París*, la novela que Elizabeth Bowen (Dublín, 1899) escribió en 1935. Un texto intenso que en la primera parte, ‘El presente’, logra intrigar a quien lee con una carta leída a escondidas. Después llegará ‘El pasado’, cuando los niños no existían y eran los años jóvenes de aquellos que todavía son poco conocidos. Naturalmente está el sexo y el amor. Encuentros bajo la lluvia y una narración contada con mucha calma que absorbe a esta lectora con el relato de pasiones contenidas y con hierba que quema cuando dos manos se rozan. Bowen narra con delicada y exquisita complejidad la eventual estancia en una casa de París de dos niños enfadados exhibien-



do sin pudor una mutua antipatía y, más adelante, estará el diálogo amoroso entre adultos del pasado que confirma que el arrebato emocional merma las posibilidades de un futuro entendimiento. La predisposición del niño hacia las preguntas ilumina esos cerros por los que huyen los mayores. Ésta es una novela muy personal, cuyo subrayado en reflexiones y conversaciones atrapa en tiempo y atención, y no puede ser de otra manera pues su lectura es una inolvidable fiesta, un espectáculo del gesto, el detalle y la conversación. Sí, en *La casa en París* hay adultos enamorados, niños enfadados e inteligentes, paseos al aire libre para que los primeros puedan al fin desahogarse y estancias cerradas para que los niños se encuentren y puedan entenderse. Dos escenarios. Dos tiempos. Varios encuentros para una luminosa historia. **María José Obiol**

La sombra del púgil

Eduardo Berti
La otra orilla. Barcelona, 2008
162 páginas. 18 euros

NARRATIVA. EL ARGENTINO Eduardo Berti (Buenos Aires, 1964) presenta su cuarta novela, realmente estupenda, en la que resaltan sus temas predilectos. De una sencilla anécdota brota la compleja narración: un boxeador de trayectoria mediocre vence en su último combate a quien sería después



un campeón indiscutible, el cual, herido en su orgullo, le persigue, años después, para que le conceda una revancha. Mediante un muy hábil y original mecanismo narrativo, Berti presenta una Buenos Aires recóndita y espectral y un dibujo cuidadoso y agudo de las relaciones familiares. El narrador es plural. Son tres hermanos, todos varones que se llevan pocos años, sólo individualizados en determinadas ocasiones para producirse enseguida el reagrupamiento general, que hablan desde el presente, cuando ya son adultos, y exploran el pasado del que tienen un conocimiento imperfecto o incluso radicalmente equivocado. El material principal son los copiosos relatos del padre, positivamente ciertos pero también adornados de fantasía y completados por los posteriores comentarios de la madre. Largas y razonadas explicaciones, sucesivas sedimentaciones llegadas en perpetua confusión temporal van conformando un edificio precario pero consistente. Sucesos y más sucesos llenos de simetrías y contrastes, de sorprendentes paralelismos y de divertidas casualidades alientan en los oyentes la necesidad de seguir escuchando y de llegar a conocer el final de la historia. Por eso, los hermanos, primeros oyentes fascinados, se ponen “a investigar y a completar los resquicios” para conocer y adivinar el mundo brusco y masculino del boxeo y el universo cerrado de sus tías solteras tan cortazarianas y, finalmente, reescribir parte de la historia. Así, el lector llega a saber, y Berti convierte este material en una buena manera de explicarnos cómo construye el novelista sus edificios narrativos, y es ya, entonces, otra cosa con gestos e imágenes y detalles prodigiosos que en la vida real no pueden ser advertidos a simple vista. Sí en la literatura. Y resulta verdaderamente admirable. **Lluís Satorras**

El juego del diablo

Juan Pedro Aparicio
Páginas de Espuma. Madrid, 2008
159 páginas. 13,40 euros

NARRATIVA. JUAN PEDRO APARICIO le ha cogido afición al relato corto, ¿qué digo corto?, minificción, más bien, o literatura cuántica, como prefiere él y así, dejando que transcurran dos años entre el primero, *La mitad del diablo*, y éste, se ha hecho 333 distancias cortas a escoger: una línea —una palabra— o no más de cincuenta, líneas, unas cuantas palabras más. Y son 333, porque así corta por la mitad, acaso, la cifra del Maligno, y así,

ahora, se dedica al juego del diablo. Y si en la primera salida comenzaba de más a menos, ahora, en ésta, principia de forma contraria, una línea para acabar con unas cincuenta. Todos estos relatos son de corta hechura, y de largo alcance muchos de ellos (hay, también, como ocurre con los aforismos, destellos brillantes, palabras acertadas que sin más se entretienen ellas mismas en churruscar el ingenio). En ocasiones, Aparicio, con media docena de palabras, crea una ficción, un mundo, un drama, un gesto de felicidad, una hermosa historia de amor o su paradoja. Si era Somerset Maugham, tan inglés y de su tiempo, quien decía que si toda buena novela tiene que reunir aristocracia, religión, sexo y enigma, por tanto una novela sería ésta: “¡Dios mío! —exclamó la condesa— ¡jestoy embarazada y no sé de quién!”, igualmente en las minificciones de Aparicio asoman multitud —333— de relatos, historias posibles, esbozadas, algunas, pero nunca tronchadas. Unas historias, unos relatos que necesitan columpiarse y no caerse con el título que hace de cuerda del diablo. Y así entenderemos, si leemos antes el título, la minificción con la que comienza esta colección de literatura cuántica, que es, además, un homenaje —obvio— al que es considerado el minirrelato más célebre de la literatura en español, *El dinosaurio*, de Tito Monterroso; aunque a este lector de entre los estupendos *Crímenes ejemplares* de Max Aub le sigue pare-



ciendo redondo aquel que —sin título en el que columpiarse, ojo— dice, sin más, o sin menos: “Lo maté porque era de Vinaroz”: siempre he pensado que se hurga en el tuétano del relato —seis palabras— y acabamos entendiendo todo, incluso, la sustancia de las guerras civiles. Aunque le leo, también en estos días, a Vila-Matas, en su *Dietario voluble*, que la argentina Luisa Valenzuela es autora del relato más breve: tan sólo “que bueno”, sin acentos ni afeites, aunque al parecer el truco está en el extenso título que aclara las dos palabras. En fin, que Aparicio ha escrito un espléndido tratado de minificciones con muchos márgenes en blanco para que el lector, éste, que ha disfrutado con ello una tarde de domingo entre sombras haya podido escribir, al margen, lo de Aub, Maugham o Vila-Matas. Lo demás, lo que tenía que decir de Aparicio, ya está aproximado en estas líneas. Valgan. **Javier Goñi**

Servidumbres conyugales

En lugar seguro

Wallace Stegner
Traducción de Fernando González Corugedo
Prólogo de Ricardo Menéndez Salmón
Libros del Asteroide. Barcelona, 2008
382 páginas. 21,95 euros
El iloc segur. Traducción de Dolors Udina

Por **Francisco Solano**

NARRATIVA. EL NORTEAMERICANO Wallace Stegner (Iowa, 1909-Nuevo México, 1993), novelista, historiador y ensayista, recibió prestigiosos premios (y rechazó alguno), fundó una escuela de escritura creativa en Stanford (a la que asistió Raymond Carver) y es autor de unos treinta libros. En 1964, Plaza & Janés

publicó *Una estrella fugaz*, que hizo honor a su título, y hasta la publicación, ahora, de *En lugar seguro* (al parecer, Libros del Asteroide publicará dos novelas más) era un desconocido en España. La edición viene precedida de un prólogo de Menéndez Salmón que declara que Stegner es “un escritor formidable” y *En lugar seguro* “un libro en verdad extraordinario”. Estamos de acuerdo, si prescindimos de cierta morosidad descriptiva en la que se complace el narrador, tolerable, no obstante, al tratarse de un escritor que, con el propósito de indagar la melancolía que produce la lealtad amistosa y las servidumbres del matrimonio, examina también su propia vocación. A la manera de Chéjov, Stegner prescinde de cualquier énfasis. Hacía el ecuador de la novela, el narrador con-



fiesa: “Ésta no es una historia de aventuras, y al estar escrita después de los hechos no genera mucha intriga. Es obvio que todos sobrevivimos. No hubo heroicidades. Todo el mundo se comportó bien”. Se refiere a una accidentada travesía en barco bajo una súbita tormenta, uno de los pocos momentos en que la acción se sobrepone a la reflexión. La tripulación la componen dos ma-

trimonios, los Morgan y los Lang, que mantendrán una amistosa lealtad que se prolongará más de treinta años. Larry Morgan es el cronista de ese vínculo. Al inicio de la novela, en agosto de 1972, con 64 años, Larry rememora los pormenores de esa relación ante la muerte inminente de Charity Lang. Y su memoria se remonta a 1938, cuando eran “jóvenes y serios”, las dos mujeres estaban embarazadas y ellos empezaban a abrirse paso en el mundo académico. Lo que sigue despliega una sutilísima e íntima introspección, transcrita con una inusitada serenidad, que revela que el empeño de felicidad, en el matrimonio, es obra del sometimiento a la persona amada. Pero no por ello una frustración vital. Aquí no se habla del amor, sino de la responsabilidad del vínculo afectivo. Un anacronismo, para los tiempos actuales, que el narrador resuelve con esta reconversión general: “Vivimos como podemos, hacemos lo que debemos hacer, y no todo se rige por parámetros freudianos o victorianos”. •